

# El cuaderno sin tapas

**S**obre Pierre Menard hay una especie de artículo necrológico de Borges escrito en 1939, en el que establece un catálogo de las obras del ensayista francés y dedica alguna atención al proyecto de Menard de reescribir el *Quijote* desde una perspectiva actual pero coincidiendo exacta y literalmente con el texto de Cervantes. Borges manejó los manuscritos menardianos y encontró dos capítulos completos (el IX y el XXXVIII) y uno incompleto (el XXII) del *Quijote* rehecho por Menard. Luego nos dice que Menard, en sus paseos crepusculares por los arrabales de Nîmes, llevaba siempre alguno de sus cuadernos de notas y lo quemaba en una alegre fogata, de donde deduce, con excesiva ligereza, que los miles de páginas que escribió Menard y que constituían los estados intermedios de su reconstrucción del *Quijote* habían desaparecido irremisiblemente.

Hoy podemos asegurar que, afortunadamente, al menos uno de los cuadernos existe, y que se encuentra en poder de Pierre André, director de la Biblioteca Municipal de Nîmes, gracias a cuya amabilidad pude examinarlo detenidamente y luego fotocopiarlo. Se trata de un cuaderno de 15 × 10,5 cm., sin tapas, de papel cuadriculado, y que consta de cuarenta y dos hojas (hay señales de siete arrancadas), en la primera de las cuales se lee: *P. Menard / Quijote, chap. I / 1931*. De ellas, diecinueve están escritas por ambas caras, con una letra muy pequeña pero bastante legible, salpicadas a veces con dibujitos, garabatos y números<sup>1</sup> casi microscópicos, y el resto está en blanco. El señor André lo adquirió en uno de esos curiosos anticuarios de objetos baratos que lo mismo compran y venden anuncios de pastillas para la tos que muñecas rotas o que postales antiguas. De esta compra hacía ya siete años, y el anticuario, al que visité, no supo decirme cómo lo había adquirido: era un viejo chocho y no se acordaba de nada. El señor André lo compró porque de joven había leído algún soneto de Menard, y aunque se trata hoy de un escritor olvidado —tampoco en vida alcanzó especial notoriedad—, para él resultaba de cierto interés un manuscrito en cuya primera página figuraba el nombre de un poeta al que

<sup>1</sup> De una página llena de sumas y multiplicaciones se infiere fácilmente que Menard hizo un cálculo del tiempo que podría llevarle la empresa de reescribir el *Quijote*. Si en la línea y media que reescribió del capítulo I invirtió seis meses, en el capítulo entero invertiría 572 meses (más de 47 años); y a ese tenor, en los 52 capítulos de la Primera Parte tardaría unos 2.444 años. Se comprende así la extraña frase epistolar que menciona Borges: Mi empresa no es difícil esencialmente. Me bastaría ser inmortal para llevarla a cabo.

<sup>2</sup> Por cierto, que no hay rastro del fragmento del capítulo XXII que menciona Borges (¿descuido?, ¿afirmación gratuita?). Además, el capítulo XXXVIII no está completo: está todo el discurso de Don Quijote sobre las armas y las letras, pero falta todo el final, desde el párrafo que empieza: Todo este largo preámbulo dijo Don Quijote en tanto que los demás cenaban, etc. Hay que rectificar también algunos extremos del artículo de Borges que nos hacen sospechar que su afirmación de que «ha examinado con esmero» el archivo particular de Menard no hay que tomarla al pie de la letra. El primero: que el artículo sobre Toulet en la Nouvelle Revue Française apareció en marzo de 1922 y no de 1921; el segundo: el artículo sobre el ajedrez apareció en un folleto, a expensas del autor, en Nîmes en 1904; Borges no menciona este dato. Por último, habría que advertir al lector de la actitud hostil de Borges hacia la señora de Henri Bachelier, blanco varias veces de malignas e injustas insinuaciones, motivadas —según pienso— por una antipatía personal.

había leído en su juventud. Me confesó que, una vez examinado, lo había considerado una especie de ejercicio de traducción, pues sabía que Menard conocía muy bien el español, e incluso que había traducido alguna cosa de Quevedo. No tenía noticia del intento de Menard con respecto al *Quijote* (no había leído el artículo de Borges, que yo creo que es el único texto en el que se menciona el gigantesco proyecto de Menard), y se limitó a guardar el manuscrito como una curiosidad sin más valor. Terminó por olvidarse del cuaderno cuadriculado, y sólo lo recordó cuando un visitante español, el ilustre cervantista Ismael Rico, cayó por la Biblioteca de Nîmes buscando ediciones francesas de Cervantes. El señor André le enseñó el cuaderno, y Rico tomó nota de una *traducción francesa comentada, manuscrita, del capítulo I, incompleto, de la Primera Parte del Quijote, por Pierre Menard, Nîmes, 1931*. Parece que Rico (a quien respeto como cervantista, pero que no parece que obrara aquí con especial perspicacia, o bien —que me perdone si no es así— quizá no leyó el manuscrito más que por encima) no se dio cuenta tampoco de lo que tenía entre las manos, y se limitó a insertar la ficha correspondiente en su artículo sobre *Traducciones francesas de Cervantes en el siglo XX* («Anales Cervantinos», XXV, págs. 230-246).

Allí leí yo la referencia, sospechando en el acto que podría tratarse de algún fragmento de la quimérica retranscripción del *Quijote* por Menard. En Nîmes registré el fondo de manuscritos de la Biblioteca Municipal —donde se guardan los papeles de Menard— y encontré algunos de los manuscritos de que habla Borges, incluidos los capítulos IX y XXXVIII del *Quijote* reescrito<sup>2</sup>; estos capítulos, sin embargo, para el lector desprevenido no significan nada, puesto que aparentemente son *copia exacta* del texto de Cervantes. Sólo quien conozca la monumental tarea que Menard se había propuesto puede reconocerlos como obra del escritor y saborearlos como páginas magistrales que son.

Pero entre los papeles del legado de Menard faltan por completo los trabajos y pormenorizados estados intermedios del texto y sus exégesis correspondientes. Tenemos esos breves textos, pero nos faltaba lo esencial: la secuencia de interpretaciones y reinterpretaciones, progresivas y regresivas, que llevaron a Menard al fragmentario resultado que poseemos, y que, por otra parte, servirían de guía para una relectura completa del *Quijote* tal y como él quería realizarla. Por eso, al hablar con el señor André y solicitar de él que me mostrase el manuscrito en cuestión, temí por un momento que, en efecto, no se tratase sino de un texto ya terminado del capítulo primero del *Quijote*; es decir, en las mismas condiciones que los capítulos IX y XXXVIII ya conocidos. Mi sorpresa fue inmensa al comprobar que en el Cuaderno Sin Tapas se conservaba una exégesis completa de